

*Comentario:***TONALIDADES ANTROPOLÓGICAS**

En este número la revista *Maguaré* ha incluido un *dossier* que, con los artículos publicados en el número anterior (n.º 21), ha sido el motivo para la reflexión en torno a algunos rasgos que parecen comenzar a caracterizar ciertas variantes en el análisis contemporáneo de la historia y el quehacer antropológicos en Colombia. Este breve boceto expone algunas ideas gruesas acerca de los temas que interesan a un conjunto formado principalmente por jóvenes antropólogos que muestran perspectivas diferentes para analizar lo que ya se ha convertido en el país en un campo específico de la disciplina. Aunque aquí no mencione otros trabajos realizados por jóvenes antropólogos en los últimos diez años en diferentes universidades colombianas, haberlos leído en su momento me ha servido ahora para sugerir que percibo en ellos un cambio en la forma de proponer el análisis de la historia y el oficio de la antropología. Se trata entonces de una aproximación exploratoria a los asuntos que captan la mirada de estos autores y a los motivos que enfocan para estudiar el desenvolvimiento del conocimiento antropológico nacional.

Cuando ya se perfilan los contornos de ciertas tendencias e intereses propios del trabajo de una tercera generación de antropólogos en Colombia, la revista *Maguaré*, en sintonía con este movimiento, ha expuesto desde el número anterior su intención de ser el vehículo para ofrecer a la comunidad académica una visión de lo que la antropología comprende como tema de enseñanza y aprendizaje en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Desde luego, *Maguaré* incluye textos de autores representantes de otras tradiciones pedagógicas y académicas; no obstante, su orientación editorial remarca la intención sostenida de ser órgano de la propia vida académica e incluye artículos de jóvenes profesionales que se inician en el oficio.

Este número y el anterior nos permiten hacernos una idea de diversas reflexiones y trabajos en torno a dos temas que atraen el interés de una nueva generación de antropólogos en el país: la historia y la antropología de la antropología. Me refiero a la conformación paulatina de esa tercera generación de antropólogos que muestran una perspectiva diferente del panorama histórico de la disciplina y de la forma de

comprender su origen y desarrollo en el país. Identificar a un grupo de profesionales expositores de una generación distinta no obedece simplemente a considerar la edad de los autores y el hecho de que varios de ellos comienzan la vida profesional o lo han hecho en los últimos años (aunque algo de ello está en juego); es más bien por una forma compartida de comprender el significado y la forma de la antropología que me permito calificarlos así.

En el caso de la historia de la antropología en Colombia —uno de los temas que *Maguaré* anuncia como de interés particular en ambos expedientes— encontramos un tema que ha empezado a ser investigado por antropólogos que no fueron discípulos de los pioneros de la antropología nacional, es decir, de quienes durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado impartieron los fundamentos de la disciplina en las instituciones académicas y universitarias del país. Los jóvenes antropólogos han sabido de estos pioneros por las referencias bibliográficas, por la lectura de sus trabajos y porque tal vez estos han aparecido como protagonistas de anécdotas contadas por profesores que los conocieron personalmente. Pese a no compartir la experiencia de haber sido formados por los primeros antropólogos profesionales graduados en el país, estos jóvenes autores han avanzado en su visión de la historia de la antropología porque ahora estudian no solamente la labor de esas primeras generaciones, sino también la de las segundas: aquellas que en las tres últimas décadas del siglo xx y hasta el presente han hecho importantes interpretaciones acerca del surgimiento, la institucionalización y el sentido de la antropología en Colombia y en América Latina, especialmente hasta los años ochenta del siglo xx.

Una nueva generación sería aquella que con más distancia vivencial y disciplinar —debido a que la antropología que ellos han aprendido está afectada por otro tipo de inquietudes y tendencias teóricas y metodológicas— dispone a la vez de nuevas herramientas de comprensión y análisis que les permiten a sus miembros ofrecer una visión crítica sobre el quehacer de las dos generaciones anteriores y sobre sus aportes académicos. En estos nuevos trabajos se ha desplazado el uso del testimonio directo de los pioneros como fuente principal para sus interpretaciones. También ha disminuido el énfasis en las consideraciones sobre el carácter marcadamente “aplicado” y “comprometido”

del quehacer antropológico como ideal ético de la profesión y ha mer-mado el interés en las reconstrucciones historiográficas basadas, entre otros, en documentos que vinculan el contexto político e institucional con el programa que desarrolló la antropología hasta los años ochenta, especialmente en relación con su acentuada impronta indigenista.

Los estudios contemporáneos sobre la historia de la antropología favorecen como fuentes para sus reflexiones los “productos académicos” de los pioneros, las inquietudes teóricas surgidas en torno a la reflexividad propia de la disciplina y la incorporación en sus análisis del contexto global como escenario indispensable para comprender el uso social del conocimiento académico. Parece que aún no se aventura en estos estudios el análisis de los trabajos de los antropólogos de la segunda generación como corpus de investigación —excepción hecha de sus escritos sobre los orígenes y la historia de la antropología en Colombia— ni de sus testimonios sobre la evolución de la disciplina en el país¹.

El segundo asunto que ha cobrado importancia —tal como se puede inferir del contenido de los artículos publicados en estos dos números de *Maguaré*, de la producción de los autores de dichos trabajos así como de otros trabajos recientes— es lo que varios de ellos califican como la “antropología de la antropología”. Este es un campo incipiente cuya denominación podría mostrarse imprecisa. Aún no se hace explícito si tal antropología intenta producir un conocimiento etnográfico crítico del proceso de producción de conocimiento antropológico (en particular durante el trabajo de campo) y de la forma de lograr la escritura etnográfica como modo propio de producción de conocimiento, o si se encaminará a exponer y analizar críticamente las experiencias epistemológicas que enfrenta el antropólogo, las cuales a la vez convierten (o deberían hacerlo) a la antropología en algo que transforma al practicante y le permite —con base en esa experiencia— producir el tipo de conocimiento que se considera antropológico. Es decir, mientras algunos incursionan en técnicas autobiográficas, otros se alinean con los intereses de la sociología y la filosofía del conocimiento. Debido a que no se han puesto sobre la mesa los aspectos que

1 Esto no es del todo cierto, pues ya se han hecho algunos trabajos de grado con base en este tipo de testimonios; sin embargo, los resultados no han sido publicados.

harían de estos esfuerzos una antropología, aún lucen más como inquietudes epistemológicas.

Decía que una nueva generación no es solamente aquella que puede tomar distancia suficiente como para reconocer una diferencia en el trabajo de sus antecesores; es, sobre todo, la que puede introducir en el mundo académico nuevas interpretaciones de tal diferencia. Es en este sentido como pueden reconocerse nuevas tonalidades en la intención de la escritura y del alcance que se le atribuye al trabajo de campo. El antropólogo en campo, entrevistando, ante la pantalla del computador, haciendo sus escritos, grabando, filmando, en su tarea docente reflexiona sobre sus propias condiciones en tales situaciones, sus limitaciones y lo que su experiencia le permite producir como conocimiento. Estas reflexiones se exponen ahora como conocimiento que articula la experiencia individual con la forma que toma la antropología al hacerse de esta manera; en ellas se muestra el esfuerzo de engranar dos rasgos distintivos del oficio: el carácter subjetivo que es el privilegio epistemológico de la forma de experiencia que hace posible el conocimiento antropológico y la sistematización del conocimiento según los modos que se consideran legítimos en la disciplina.

Nos encontramos así con un estado aumentado de reflexividad que ha entrado a hacer parte del análisis y del ejercicio de los dos pilares centrales de la actividad antropológica: el trabajo de campo y la escritura etnográfica. Y puede incluso avistarse un intento de encontrar una salida a lo que se identifica como un obstáculo epistemológico interpuesto por el desarrollo mismo de la disciplina en el país y por la interpretación hecha de tal desarrollo. En ella se desligó la concepción de la práctica académica de la intervención social y política especialmente en comunidades indígenas y, posteriormente también, en comunidades campesinas, negras y urbanas recipientes de programas sociales y de desarrollo. Con ello se ha desprovisto la actividad académica de carácter político y social y se ha desligado la práctica profesional vinculada con los movimientos sociales del desarrollo del conocimiento académico. Este divorcio, cuyo origen parece provenir en parte de la interpretación hecha por los propios pioneros de la antropología institucional en Colombia y de la forma como esta separación quedó consignada por los especialistas en el tema de la historia de la antropología, ha trascendido de forma que la actividad

académica pasó a entenderse como una tarea ajena a las cuestiones políticas —del poder, del gobierno y de la vida social—, en tanto que la antropología aplicada se muestra como una “cuestión social”. Ahora que esta cuestión ha quedado en manos de los propios interesados — indígenas, poblaciones negras, desplazados, entre otros— las nuevas perspectivas nos muestran que esta interpretación tal vez acusa una separación artificial que podría salvarse si se considera el desarrollo de ambas tendencias a la luz de la producción y el uso de conocimiento en la modernidad. También en esta dirección la señalada y temida ausencia de producción teórica en el país debería encontrar una solución con la cual el conocimiento se entienda como un conjunto de procesos que abarcan dimensiones epistemológicas, vivenciales, docentes, reflexivas y escriturarias.

ZANDRA PEDRAZA

Profesora Asociada · Departamento de Antropología

Universidad de los Andes, Colombia

zpedraza@uniandes.edu.co